

que cogieron entre ambos en el acto de estarlo cargando los artilleros insurgentes, y despues de la accion lo presentaron en el parque.

1811. »Por premio de tan espléndida victoria y
Enero. de las anteriores ganadas por el ejército del centro, el virey Venegas concedió á todos los individuos de él que hubiesen merecido la aprobacion del general y de sus jefes particulares, un escudo de distincion, que llevasen al lado izquierdo del pecho, en el que estaba esculpida la cifra de Fernando VII, en una tarjeta que sostenian un leon y un perro, símbolos del valor y de la fidelidad, y en el contorno el lema: «Venció en Aculco, Guanajuato y Calderon». El titulo de conde de Calderon, fué concedido por el rey Fernando al general en jefe, cuando éste volvió á España.

»La pérdida de los insurgentes fué muy considerable, aunque no encuentro expreso en ningun documento el número de muertos y heridos: la de los realistas ascendió á cuarenta y uno de los primeros, setenta y uno de los segundos y diez extraviados; pero aunque fuese tan corta para una accion tan importante, tuvieron la muy grande del conde de la Cadena, D. Manuel de Flon, segundo jefe del ejército, que habiendo acompañado al general en jefe hasta tomar la gran batería, se separó de él para seguir el alcance, en el que se adelantó tan indiscretamente que vino á hallarse solo: dióle muerte un soldado del regimiento provincial de Valladolid (1), y su cadáver se

(1) Este soldado mostraba en Guadalajara una cartera que habia cogido del cadáver. D. Carlos Bustamante atribuye, sin prueba alguna, la muerte de

encontró á alguna distancia del camino, cubierto de multitud de heridas y contusiones de toda clase de armas. Enterrósele en la parroquia del pueblo inmediato de Zapotlan, de donde algunos dias despues fué trasladado á la Catedral de Guadalajara, con los huesos de los españoles degollados en las barrancas cercanas á la ciudad, haciéndoseles solemnes exequias (1). Entre los heridos se contaron el coronel Emparan y el capitan Don Gabriel Martinez, comandante del escuadron de dragones de España.

»Increible parecerá una pérdida tan insignificante por parte del ejército real, habiendo estado empeñado durante seis horas de accion, con un número tan crecido de enemigos y expuesto por mucho tiempo al fuego de una batería de sesenta y siete cañones, muchos de ellos de

1811. grueso calibre (2), y se tendrá por fabuloso
Enero. que cien mil hombres de infantería y caballería, con tanta artillería, ocupando una posicion ventajosa, se hayan dejado batir por cinco ó seis mil soldados que los desalojaron, vencieron y pusieron en completa dispersion y fuga; pero la explicacion se hallará fácilmente si se atiende á la composicion y elementos de uno y otro ejército, y á los jefes que los mandaban y dirigian. Los insurgentes, careciendo de competente número de fusiles, pretendian suplir su falta con la artillería:

Flon al mismo Lino, que incitó al pueblo de Guanajuato para los asesinatos de los europeos en Granaditas.

(1) Esta funcion fúnebre se celebró el 11 de Febrero.

(2) La relacion nominal de muertos y heridos de cada cuerpo, se publicó en el parte de Calleja, en lo que no cabia ocultacion.

fundian un gran número de cañones, por lo general mal hechos; colocábanlos en una eminencia que dominase los campos circunvecinos, y no se puede decir que los sostenian con su infantería y caballería, sino que ponian detrás de ellos una multitud de hombres á pié, la mayor parte indios, con pocos fusiles y muchas hondas y proyectiles de su invención, que producian poquísimo efecto, y á los costados masas de gente del campo á caballo con lanzas, en cuyo manejo tenian poca instruccion y menos en las evoluciones propias de la caballería. Esta fué la disposicion de la batalla en Aculco y en Calderon. Presentábanse los realistas: rompián sobre ellos los insurgentes un fuego que era casi siempre desacertado, porque los cañones apenas podian variar la puntería por la mala construccion de las cureñas, y mientras los realistas casi no perdian tiro, asestándolos á una gran muchedumbre cuyo estrago aumentaba el terror, los fuegos de los insurgentes eran poco mas que puras salvas, sin causar daño al enemigo. Las tropas reales, alentadas por la poca pérdida que experimentaban, cargaban con denuedo, cuando por el lado opuesto los insurgentes, con la que habian sufrido, estaban ya sobre-cogidos de terror y prevenidos para la fuga, al ver aproximarse las columnas de ataque de sus contrarios. Los jefes de éstos multiplicaban sus fuerzas, moviéndolas fácilmente á donde convenia, y aprovechaban las ocasiones que la serie de los sucesos de una batalla les presentaban. Así hemos visto que Calleja, en Calderon, auxilió su derecha cuando la vió apretada por el enemigo; corrió á sostener su izquierda notando que vaci-

laba, y con gran presencia de ánimo se puso al frente de sus columnas para atacar la gran batería, y con este movimiento decisivo aterró á los insurgentes y los puso en una fuga tan precipitada, que no aguardaron aun á disparar sus cañones, que abandonaron dejándolos cargados á metralla. Los generales insurgentes no se presentaban en ninguna parte en el calor de la accion; no sabian precipitar con oportunidad sus masas informes sobre un enemigo ya en desórden para acabar de desbaratarlo á fuerza de número, y retirándose de batería en batería, las perdian todas, esperando á ser atacados en cada una. Para ellos todo ataque era derrota, y no

1811. habia nunca retirada, porque toda retirada
Enero. era siempre huida. Esto mismo hemos visto en nuestros dias, aunque contando en apariencia con mejores elementos.

»Dícese que la dispersion de Calderon la causó en gran parte una granada de á cuatro, que cayendo en un carro de municiones, lo hizo volar é incendió la grama seca que cubria el campo, llevando el aire, el humo y el fuego contra los insurgentes (1). Pudo suceder tal incidente, aunque no hacen mencion de él los jefes del ejército real en sus relaciones que acompañan al parte de Calleja, lo que es bastante extraño, pues el comandante de artillería, que tanto encarece los servicios que su arma prestó en esta accion, no hubiera omitido una circunstancia tan relevante; dícese solo que el campo se incendió con el continuo fuego de las dos piezas que Vi-

(1) Bustamante: *Cuadro Histórico*, t. I, fol. 188, y lo he oido referir á otros.

llamil llevó en auxilio de la division de Flon (1). Pero sin ocurrir á este accidente fortuito, basta lo dicho para conocer que las causas generales y permanentes eran suficientes para producir el mismo resultado, sin que éste pueda atribuirse á falta de valor en los mejicanos, pues lo eran los que combatian por uno y otro partido, á excepcion de los jefes, de los cuales habia muchos entre los realistas que eran españoles, aunque fueron mejicanos varios de los oficiales que mas se distinguieron, tales como Iberri, coronel de la Corona, Bustamante, Moran y Tobar.

»La batalla del puente de Calderon fué, hablando propiamente, la primera en que el ejército de Calleja se halló. En Aculco no hubo accion: los insurgentes huyeron al primer cañonazo. En Guanajuato, aunque el fuego duró mas tiempo, esto no procedió de una resistencia tenaz, sino de que habiendo situado los independientes muchas baterías en diversas alturas, el pasar de unas á otras ofrecia dificultad, teniendo que atravesar por cañadas y barrancas, conduciendo á mano la artillería. En Calderon la experiencia de las acciones anteriores habia dado á los jefes insurgentes mas conocimientos, y la muchedumbre de gente y el gran número de cañones inspiraba á los soldados confianza y atrevimiento; esto hizo que el combate fuese mas empeñado y el éxito dudoso, habiendo estado en algun momento la victoria por los insurgentes, que sin duda la hubieran obtenido si sus generales hubieran sabido aprovecharse de sus ventajas,

(1) Relacion particular de lo que hizo la columna de granaderos.

y la hubiesen acabado de fijar con un golpe de valor y resolucion. El mismo Calleja, en su correspondencia con el virey, explica el riesgo que corrió, y la diversa importancia de esta accion respecto á las anteriores. En nota reservada, escrita en el campo de Zapotlanejo el dia siguiente á la batalla, que acompañó con el primer parte que de ella dió, dice á Venegas (1): «En mis oficios de ayer y hoy, doy cuenta á V. E. de la accion que sostuvieron las tropas de este ejército contra el de los insurgentes, y hago de ellas todo el elogio que merecen, atendido el feliz resultado de la accion, llevando por principio hacer formar á ellas mismas y á todo el ejército una idea tan alta de su valor y disciplina, que no les quede esperanza á nuestros enemigos de lograr jamás ventajas sobre un ejército tan valiente y aguerrido; pero debiendo hablar á V. E. con la ingenuidad inseparable de mi carácter, no puedo menos de manifestarle que estas tropas se componen en lo general de gente bisoña, poco ó nada imbuida en los principios del honor y entusiasmo militar, y que solo en fuerza de la impericia, cobardía y desorden de los rebeldes, ha podido presentarse en batalla del modo que lo ha hecho en las acciones anteriores, confiada siempre en que era poco ó nada lo que arriesgaba; pero ahora que el enemigo, con mayores fuerzas y mas experiencia, ha opuesto mayor resistencia, lo he visto titubear y á muchos cuer-

(1) La ha publicado Bustamante: *Cuadro Histórico*, t. I, fol. 159, y *Campañas de Calleja*, fol. 82, sacándola de la Secretaria del vireinato, en el expediente respectivo.

pos emprender una fuga precipitada, que habria comprometido el honor de las armas si no hubiera yo ocur-

1811. rido con tanta prontitud al paraje en que
Enero. se habia introducido el desaliento y el des-
orden». El virey, en contestacion, manifiesta: «que no le coge de nuevo lo ocurrido en esta accion, pues tenia formada la misma idea, supuesto que hubiese mas resistencia de la experimentada en las acciones anteriores, siendo cosa general y constante en todas las tropas que no tienen práctica de la guerra ni están organizadas con perfeccion». Venegas hablaba en esto por lo que habia visto suceder muchas veces en la guerra que España sostenia entonces contra los franceses, y por lo que á él mismo le habia pasado en los ejércitos que habia mandado, y que habian sido puestos en fuga y dispersion. El resultado de esta accion estuvo, pues, muy incierto: si él hubiera sido favorable á la causa de Hidalgo, éste, como él mismo decia, habria marchado en triunfo sobre Querétaro y Méjico, y acaso se habria podido apoderar de estas ciudades y dar glorioso fin á su empresa, aunque no habria sido sin resistencia; pero la victoria, habiéndose declarado por Calleja, produjo muchas consecuencias en favor de la causa realista, é hizo que se recobrase en poco tiempo cuanto se habia perdido».

Una hora despues de haber terminado la accion y de recoger cuanto el ejército independiente habia abandonado en su derrota, el brigadier Calleja, emocionado aun con el placer de la victoria alcanzada, dirigió, por extraordinario, un parte al virey, dándole á conocer el triunfo conseguido. El parte decia así:—«Excelentísimo

Señor: Son las cuatro de la tarde, hora en que acabo de situarme en el campo enemigo, casi inexpugnable, como todos los que elige, y guarnecido con cien mil hombres y mas de ochenta piezas de artillería de todos calibres, las mas de ellas de las mejores que hay en América, todas las cuales han caido en mi poder.

»La obstinacion, atrevimiento y constancia de estos fascinados, solo puede compararse con el valor acreditado de las tropas que tengo el honor de mandar.

»Despues de seis horas de accion, sostenida con teson, los conduje, por tercera vez, al ataque de una bateria de mas de sesenta cañones, bien situada y bien servida. La tomé sin disparar un tiro, sufriendo con mucha serenidad nuestras tropas el violento fuego del enemigo, que continuó hasta verse cercado por todas partes y perseguido á escape por nuestra caballería.

»El elogio del honor, valor y pericia de los jefes y oficiales, lo hace la misma accion.

»Ha sufrido el ejército algunas pérdidas, y entre los heridos se encuentra el Sr. general Emparan, en una accion bien empeñada con otros varios, cuyas noticias no he tenido tiempo de recoger, pero que trasladaré á V. E. luego que las muchas ocupaciones me lo permitan, recomendando á los muchos que se han distinguido.

»He consumido en la accion todas las municiones, pero me surte ampliamente el parque tomado al enemigo.

»Dios guarde á V. E. muchos años.—Campo sobre el puente de Calderon, á legua y media de Zapotlanejo.—Enero 17 de 1811.—Excmo. Señor.—*Félix Calleja*.—

Excelentísimo señor virey D. Francisco Javier Venegas».

1811. Al poner el anterior parte, ignoraba aun el
Enero. general realista la muerte del conde de la Cadena D. Manuel Flon. Se le habia visto ir en persecucion de las fuerzas independientes; pero nadie sabia que habia perecido. El brigadier Calleja, cuidadoso de ver que no volvia, envió en la direccion en que se le habia visto ir una fuerza exploradora de caballería, que poco despues volvió, conduciendo en una especie de parihuelas el cadáver de Flon, horriblemente desfigurado por la infinidad de heridas de toda especie que habian descargado sobre su cuerpo.

Despues de haber descansado el ejército en Zapotlanejo, continuó al siguiente dia la marcha hácia Guadalajara, distante doce leguas del sitio en que se habia dado la batalla. Calleja dispuso que las jornadas fuesen cortas para poder conducir con comodidad á los heridos y poder llevar la mucha artillería y carros de municiones cogidos á los contrarios. El dia 20 llegó al pueblo de San Pedro, próximo á Guadalajara. La real Audiencia de esta última ciudad, capital de la provincia, compuesta de los individuos que habian quedado de nombramiento real, el Ayuntamiento, el Cabildo eclesiástico, los prelados de las órdenes religiosas, la Universidad, las repúblicas de indios y todos los adictos á la causa realista, le recibieron manifestando un placer indescriptible por su llegada, y felicitándole por el triunfo que habia obtenido, diciéndole que era el libertador de la opresion en que habian vivido, y protestando su amor y fidelidad al gobierno vireinal. Ca-

lleja dió las gracias por el vivo afecto que demostraban al rey, y aunque no tenia por muy sinceras las demostraciones de júbilo de todos los que se acercaron á felicitarle, juzgó conveniente manifestarse persuadido de que de nadie desconfiaba y de usar del lenguaje de la benignidad para inspirar confianza, como dice al virey en comunicaciones reservadas (1). El dia 21 hizo su entrada en Guadalajara el general realista al frente de su ejército. La ciudad se hallaba engalanada, y todos los balcones se veian adornados de vistosas colgaduras y llenos literalmente de gente. Acompañaban á Calleja todas las autoridades, y el pueblo se agolpaba á ver pasar al vencedor del ejército independiente, con la misma curiosidad y entusiasmo con que hubiera asistido á presenciar la entrada del cura Hidalgo, si hubiera vuelto vencedor. Los repiques de las campanas, los cohetes voladores y los vivas de la multitud se escuchaban por todas partes. El general realista se dirigió á la suntuosa catedral, donde le esperaba el Cabildo eclesiástico. Luego que entró con su estado mayor al templo, se cantó un solemne *Te-Deum*. Terminado este acto religioso, marchó á palacio, que era el edificio destinado para que se alojase, y en él recibió las

1811. felicitaciones y las protestas de fidelidad al
Enero. gobierno vireinal por las corporaciones y funcionarios públicos. Aunque esas demostraciones suelen hacerse siempre á todos los vencedores, mas por interés y adulacion que por sincero afecto, D. Lucas Alaman cree que las dirigidas á Calleja «eran en el presente caso una

(1) Comunicaciones de Calleja al virey Venegas.

manifestacion de verdadero regocijo, porque en las poblaciones que ocupaban y dominaban por algun tiempo los insurgentes, la clase distinguida quedaba de tal manera cansada de su gobierno, que consideraba como libertadoras á las tropas reales, y como tales eran recibidas». En esto cada partido interpreta favorablemente la recepcion que se hace á los prohombres del suyo. Se puede asegurar que en la brillante recepcion hecha al cura Hidalgo en la misma ciudad, recepcion no menos entusiasta que la hecha á Calleja, los partidarios de la revolucion se hallaban persuadidos que aun los mismos que en la ciudad habian profesado ideas realistas, miraban regocijados el cambio operado, mirando en el gobierno independiente una nueva era de felicidad. Aquellas personas pertenecientes á la clase distinguida de Guadalajara que fueron adictas á la idea proclamada en Dolores, aun cuando desaprobasen, como desaprobaba toda la parte sensata de los independientes, las tristes ejecuciones verificadas en las profundas barrancas de los alrededores de la ciudad en los desgraciados europeos, no por esto anhelaban el triunfo de las armas contrarias. Sentian que se hubiesen dictado aquellas injustas órdenes por una fatal condescendencia del jefe principal á las pretensiones del populacho; pero confiaban que esos males se remediarian, y anhelaban aun con mayor afan el momento del triunfo.

En la tarde del mismo dia 21 llegó á Guadalajara, sin que hubiese precedido aviso ninguno, el brigadier Don José de la Cruz con su ejército. Despues de la accion de Urepetiro, en que las tropas independientes mandadas por Mier le disputaron el paso, forzó sus marchas para

llegar á tiempo al sitio señalado en el plan de Calleja, para emprender el ataque sobre el ejército del cura Hidalgo. Era la vez primera que se veian estos dos jefes realistas; pero desde el momento que se reunieron, se trataron con suma deferencia y consideracion. D. José de la Cruz era mas antiguo en el grado que D. Félix María Calleja, y aunque por esta circunstancia le correspondia tomar el mando en jefe de todo el ejército, se manifestó desprendido y generoso, concediendo á Calleja esa distincion. El virey habia dejado á la discrecion, patriotismo y prudencia de ambos el que arreglasen entre sí en quién debia quedar el mando, y Cruz, por consideraciones á Calleja, que conocia mas el pais, obró con la abnegacion que he referido.

1811. El virey, á quien dió aviso de haber cedido
Enero. el mando de general en jefe á D. Félix Calleja, le contestó en oficio de 25 de Enero, estas palabras: «Me he enterado, por el mismo parte, de que en el instante de su llegada entregó V. S. el mando de sus tropas al Sr. brigadier D. Félix Calleja, con lo que ha dado V. S. la prueba mas convincente de su conducta, y de que nada ama tanto como el buen servicio del rey, que considera V. S. podrá conseguirse mas fácilmente, estando todas las tropas bajo el mando de aquel jefe, aunque de menos antigüedad de grado que V. S.» Como las operaciones de la campaña exigian que las tropas realistas obrasen de concierto y por diversos puntos, Calleja y Cruz convinieron despues en que cada uno continuase al frente de sus tropas respectivas, y en que el segundo saliese con su division á recobrar el puerto de